

moverse en caso preciso, nuestra reserva general.

Si la posición es inabordable, buscar por el mismo desfiladero, fuera de la vista del enemigo, otro paso lejano, ejecutando esta maniobra con el mayor sigilo, y haciendo marchar á la vanguardia y las dos líneas, dejando solo á la reserva bien posesionada á la entrada del desfiladero.

Verificado con felicidad este paso, atacar decididamente un flanco y la retaguardia del enemigo; nuestra reserva atacará de frente si aquel se movió sobre nosotros, ó simulará ataques si no sale de su posición; pero transformará en real su ataque falso en el momento en que nuestras fuerzas den el asalto decisivo.

En cuanto á la defensa, preciso es recordar ante todo que la absoluta ó pasiva no tiene razón de ser; nuestra defensa debe tener su vuelta ofensiva, y bajo este punto de vista vamos á considerar la operación.

Nuestro primer trabajo consistirá en practicar con tiempo un buen reconocimiento, no solo de la posición que nuestras tropas deben ocupar, sino de toda la extensión de nuestro frente estratégico, señalando cuidadosamente todos los pasos inmediatos y distantes de que el enemigo podría aprovecharse para batirnos, ya sea de frente, de flanco ó de revers.

Terminado el reconocimiento, procederemos inmediatamente á fortificar nuestra línea de defensa, adoptando para ello el sistema mas adecuado á las circunstancias del terreno, pero dando á nuestras

obras un desenvolvimiento mayor que la extensión natural de nuestro frente de batalla, pues se comprende fácilmente que la fortificación nos dará la ventaja de economizar tropas no teniendo necesidad de formar líneas compactas y continuas, sino compuestas de importantes puntos de apoyo que conserven una perfecta unión con los puntos intermedios.

Estos trabajos se ejecutarán á retaguardia del desfiladero y en donde el terreno preste las mayores ventajas para batir su boca ó entrada con numerosos fuegos cruzados; de ninguna manera podríamos organizar nuestra línea de defensa en la entrada del desfiladero, porque en caso de revers nuestra retirada sería poco ménos que imposible. Pero lo que no podemos dispensarnos de hacer es posesionar en dicha salida una parte de nuestra vanguardia, tanto para ponernos al abrigo de una sorpresa, cuanto para entorpecer los primeros movimientos del enemigo, causándole todo el daño posible, y reconociendo su fuerza y sus elementos con mucho cuidado, así como procurando penetrar sus intenciones respecto á la verdadera directriz del ataque.

Estas tropas destacadas deben replegarse ordenadamente á la línea principal de la defensa, cuando el enemigo termine sus preliminares, y durante los combates de transcurso, sin esperar que el enemigo las empeñe en un combate decisivo. Para efectuar esta defensa momentánea, pueden practicarse algunas obras de campaña, pero que reunan la doble cir-

cunstancia de dominar el frente de batalla contrario y ser dominadas por las obras de nuestra línea principal. Si el terreno no se presta estrictamente á que podamos obtener esta ventaja, vale mas omitir las obras, procurando cubrir á las tropas solo con las naturales asperezas del terreno.

Salvo circunstancias muy especiales, la mejor disposicion que para nuestra línea principal de fortificacion debemos adoptar, será la de una línea de redientes ligados entre sí por medio de vastas cortinas, y dejando anchas salidas en los lugares mas convenientes para el paso de nuestras tropas á la hora de la vuelta ofensiva; lugares que como hemos visto, son los flancos; estas salidas serán cubiertas por abatidas levantadas á una distancia tal, que sin entorpecerlas, cubran en la línea de defensa las soluciones de continuidad, y no pueda el enemigo utilizarlas en nuestra contra. Ocioso es decir que dichas abatidas serán guarnecidas por pequeños destacamentos de infantería.

Como se trata de posiciones defensivas, creemos oportuno consignar las sabias reglas que el ilustre general Jomini establece para su eleccion. Hélas aquí :

« Que la posicion tenga aberturas naturales para dar paso á las tropas y caer sobre el enemigo en el momento oportuno, y que sean mas practicables que las avenidas de que aquel disponga para abordar nuestra línea de batalla.

« Que el efecto decisivo de nuestra artillería quede asegurado.

« Que el terreno preste la ventaja de poder ocultar al enemigo nuestros movimientos, sobre todo, aquellos que se ejecutan de una á otra ala, cuando tengamos que dirigir las masas sobre el punto conveniente.

« Que se pueda, por el contrario, descubrir fácilmente los movimientos del enemigo.

« Que se disponga de una retirada fácil.

« Que los flancos queden bien apoyados á fin de hacer imposible un ataque sobre las extremidades, reduciendo al enemigo á ejecutarle sobre el centro, ó al ménos sobre una parte del frente.

« Es peligroso llenar esta última condicion, porque si el ejército estuviese apoyado en un rio, con bosques impracticables ó una cadena de ásperas montañas á su espalda, y sufriese el menor reves, podria este cambiarse en un desastre completo, porque la línea rota seria rechazada sobre estos mismos obstáculos que se creian propios para protegerla. Este peligro incontestable nos hará recordar que valen mas para un dia de batalla puestos de fácil acceso, pero bien defendidos, que esos obstáculos invencibles que podrian cooperar á nuestra ruina total.

« Algunas veces se remedia esta falta de apoyo en los flancos con martillos á retaguardia. Este sistema no carece de peligro, por cuanto á que

un martillo estorba los movimientos, y colocando el enemigo algunas baterías sobre el ángulo de las dos líneas, nos causaría grandes destrozos. Una doble reserva oculta al enemigo y bien abrigada contra sus proyectiles, establecida á retaguardia del ala que quiera ponerse á cubierto de todo insulto, parece llenar el objeto mejor que un martillo; las localidades deben determinar el empleo de estos dos medios; daremos de ello mas amplios detalles al describir una de las batallas de Federico II.

« No solo se debe procurar cubrir los flancos en una posicion defensiva, porque sucede con frecuencia que si ofrece obstáculos en una parte de su desenvolvimiento, el enemigo se verá obligado á dirigir sus ataques sobre el centro. Una posicion semejante será siempre ventajosa para un ejército defensivo como lo han probado las batallas de Malplaquet y Waterloo. Para alcanzar este objeto no hay necesidad de grandes obstáculos; basta algunas veces el menor accidente del terreno para obtener inmensas ventajas; el insignificante riachuelo de Papelotte obligó á Ney á atacar el centro de Wellington, en lugar de asaltar la izquierda como se le habia ordenado, y es sabido que esto influyó considerablemente en el resultado de la batalla.

« Cuando se defiende un puesto semejante es preciso cuidar de movilizar una de las alas así abrigadas, á fin de que pueda tomar parte en la accion en lugar de permanecer como inútil testigo. »

Teniendo en cuenta todas estas justas observaciones, estaremos dispuestos á esperar al adversario.

Hemos dicho al tratar del ataque del desfiladero que cuando la posicion es muy fuerte de frente, y no ofrece pasos fáciles é inmediatos para caer sobre los flancos, se debe buscar pasos lejanos para voltear y atacarla. En tal virtud, al tratarse de la defensa debemos observar una perfecta vigilancia para saber el momento preciso en que el enemigo emprende este movimiento, á fin de trasladarnos con la mayor celeridad y la mayor parte de nuestras tropas á su encuentro; porque de esta manera podremos llegar á cubrir el desemboque del desfiladero, en el momento en que el enemigo esté verificando el paso ó ántes, lo cual nos será sumamente ventajoso, pues nuestra contramaniobra desvirtuará por completo su plan; y si esto no puede verificarse, tendremos tiempo, por lo ménos, para escojer una buena posicion y desplegar ántes de que tengamos al adversario á la vista. Debemos tener presente en este último caso, que nuestra defensa será como la teniamos preparada en la posicion primitiva, con la condicion precisa de ejecutar la vuelta ofensiva.

En todos los casos, terminada la accion favorablemente para nuestras armas, y á fin de impedir que se rehaga el enemigo y se reponga del golpe moral que acaba de sufrir, haremos lo que á todo trance debe practicarse despues de una batalla ganada; es decir, lanzar el grueso de nuestra caba-

llería á una tenaz y vigorosa persecucion sostenida por el número de tropas ligeras y baterías que se crea necesario, y aun poco despues debe seguir su marcha ofensiva todo el grueso del ejército á no ser que circunstancias muy especiales y relativas al plân general de campaña se opongan á ello.

En cuanto á la colocacion de las tropas para la defensa, así como al establecimiento de las baterías y la instalacion de las reservas, debemos atenernos invariablemente á las reglas que sentamos en la defensiva ofensiva. Sin embargo, no creemos inútil repetir que solo en circunstancias de una grande inferioridad númerica, ó cuando median ciertas consideraciones políticas, ó hay necesidad de dar tiempo al desarrollo del plan general, podemos vernos obligados á aceptar la defensiva. Conforme al espíritu de la ciencia moderna de combate, se debe procurar siempre y á todo trance arrancar al enemigo la iniciativa, precepto que en México hay que seguir con tanta mayor constancia, cuanto que está mas de acuerdo con el ardoroso empuje de nuestros valientes soldados.

CAPÍTULO CUARTO

Rios y puentes. — Torrentes. — Canales. — Rios flotables. — Rios navegables. — Origen. — Lecho. — Riberas. — Ribazos. — Márgenes. — Bajofondos. — Vados. — Embocaduras. — Barras. — Corrientes. — Manera de medir la anchura de los rios. — Manera de medir la velocidad de su corriente. — Paso del rio. — Á nado. — Á vado. — Puentes de barcas. — Construcccion. — Maniobra. — Repliegue. — Puente de caballetes. — Dimensiones. — Paso de las tropas al frente del enemigo.

Hemos dicho que el paso de los rios es una de las operaciones dificiles en la guerra, sobre todo, cuando el enemigo pretende disputarle, porque los rios ofrecen generalmente una fortificacion natural muy favorable á la defensa.

La superficie de la tierra está surcada en todas direcciones por largas corrientes de agua provenientes de las lluvias, que se llaman rios y que van á desembocar al mar.